

# *Viñamarina*

LA HISTORIA A PARTIR DE UN CORSO DE FLORES  
– LOS PRIMEROS AÑOS DEL NOVECIENTOS –

**JORGE SALOMÓ FLORES**



EDICIONES UNIVERSITARIAS DE VALPARAÍSO  
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE VALPARAÍSO

© **Jorge Salomó Flores, 2009**

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 185.991  
ISBN: 978-956-17-0452-7

Derechos reservados. Prohibida su reproducción  
Primera edición de 500 ejemplares, Valparaíso, 2009

Quedan reservados todos los derechos que confieren las leyes nacionales y los convenios internacionales vigentes o que entren en vigencia con posterioridad a esta edición. Prohibida la reproducción total o parcial de este libro y de las fotografías contenidas en él, incluyendo su fotocopia, su incorporación a un sistema informático, su arrendamiento, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico o por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de Jorge Salomó Flores y de él o los titulares de los derechos de las fotografías.

Fotografías: Jorge Salomó ©, 2009

Para efectos de edición, algunas imágenes se sometieron a afinamiento de color

Ediciones Universitarias de Valparaíso  
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso  
Calle 12 de Febrero 187, Valparaíso  
Teléfono (56-32) 227 3087 / Fax (56-32) 227 3429  
Correo electrónico: [euvs@ucv.cl](mailto:euvs@ucv.cl)  
[www.euv.cl](http://www.euv.cl)

Diseño Gráfico: Guido Olivares S.  
Asistente de Diseño: Mauricio Guerra P.  
Asistente de Diagramación: Alejandra Larraín R.

Impresión: Litografía Garín, Valparaíso

HECHO EN CHILE

## ÍNDICE

### PRESENTACIÓN

Héctor Valencia B., Gerente General IST . . . . . Pág. 7

La seductora historia de un Corso de Flores...

Eugenia Garrido A., Fundadora Archivo Histórico de Viña del Mar . . . . . 9

Esta obra aporta a reconocer lo que fuimos.

Luis Bork V., Presidente de la Corporación Cultural de Viña del Mar . . . . . 13

### PRÓLOGO

Del *corso* a lo cotidiano. Trasfondos de unas fiestas y de una época.

Eduardo Cavieres F., Premio Nacional de Historia 2008 . . . . . 17

INTRODUCCIÓN DEL AUTOR . . . . . 23

### Capítulo Primero

Viña del Mar, la gestación del balneario . . . . . 25

### Capítulo Segundo

La tradición del Corso de Flores . . . . . 43

### Capítulo Tercero

La identidad festiva y glamorosa de Viña del Mar . . . . . 57

### Capítulo Cuarto

La preparación y realización del primer Corso de Flores en Viña del Mar . . . . . 69

**Capítulo Quinto**

Las familias aristocráticas en el Corso de Flores . . . . . 91

**Capítulo Sexto**

Las formas de lenguaje a comienzos del novecientos . . . . . 107

**Capítulo Séptimo***Viñamarina*, el vals memorable. . . . . 119**Capítulo Octavo**

La continuidad de la fiesta del Corso de Flores. . . . . 131

**Capítulo Noveno**

Chile, los contrastes de la fiesta a comienzos del siglo XX . . . . . 145

**Epílogo** . . . . . 171**Glosarios y Anexos**

Glosario de conceptos asociados a fiestas sociales. . . . . 179

Glosario de tipos de carros y automóviles . . . . . 183

Breve reseña de vocablos de época . . . . . 189

Anexo 1. Letra completa del Vals *Viñamarina*, de Leonardo Éliz (1905) . . . . . 207

Anexo 2. Primeros Juegos Florales del Centenario en Valparaíso (1910) . . . . . 211

Anexo 3. Fiesta de Fantasía de la familia Concha Cazotte (Santiago, 1912) . . . . . 215

**Bibliografía** . . . . . 219**Agradecimientos** . . . . . 225





## LA SEDUCTORA HISTORIA DE UN CORSO DE FLORES...

La memoria se torna extremadamente sensible y así, frente a los sonos de una vieja melodía, casi sin percatarnos, se logran avivar las fuentes que muchas veces guardamos celosamente, como testimonio de momentos vividos. No solo la música nos permite recrear el pasado, las imágenes aportan lo suyo, llevándonos al contemplarlas, a recrear instancias que nos aportan la remembranza de tiempos pasados. El investigador, por su parte, interroga las fuentes y, como sucede con las piezas de un puzzle, va armando y reviviendo la historia, para luego por medio de la escritura, como un acto de magia, transportarnos a un mundo, que presente en nuestro inconsciente pareciera haberse desvanecido, pero que bastará con oír unas notas musicales o ver unas imágenes, para que recobre vida, y nos invite a adentrarnos en él. Reconstruir la historia, es lo que ha logrado Jorge Salomó en este nuevo libro que nos lleva a un pasado viñamarino que bien puede calificarse de los años dorados, de aquellos años en que se privilegió la belleza, en los que el sentido estético, es rector en todas sus manifestaciones, en un escenario donde lo lúdico cobra importancia.

En este caso, nuevamente Jorge Salomó, incursiona en la historia de Viña del Mar, haciendo un aporte de excelencia, al darnos la visión, desde un ángulo distinto a un periodo de la historia que él conoce bien; en su libro anterior “La belle époque viñamarina a través de las caricaturas de *Mundo*”, revivió una etapa de la historia local, recreando un mundo de múltiples actores, cada uno aportando las características que perfilaron una etapa de la historia de la vida de la ciudad. Hoy nos encontramos, con esta romántica pieza musical, el vals, que fundamenta esta obra “Viñamarina, la historia a partir de un Corso de Flores”, cuyas notas musicales nos llevan nuevamente a recordar el encanto y la lozanía, que yace en la memoria de esa época llena del romanticismo que la caracterizó.

La lectura de estas páginas será un deleite para el lector. Encontrará en ellas la historia del primer Corso de Flores viñamarino, una tradición venida desde el Viejo Mundo y que tiene sus inicios en nuestra ciudad a partir de 1905, en veladas donde primaba el glamour y, donde la partici-

pación para demostrar dotes artísticas era múltiple. Sin lugar a dudas, el Corso concitaba a la élite social chilena; la que realizaba esta gran fiesta a beneficio de los pobres, así podemos verlo reproducido en el aviso del diario *El Mercurio de Valparaíso*, donde se anuncia la recepción de inscripciones para su participación.

Bellas ilustraciones, ayudan por cierto a visualizar y reconstruir escenas donde la elegancia en el vestuario prima. Este primer Corso, fue sin duda un significativo aporte, para difundir las bondades turísticas de la ciudad y confirmar lo atractivo de sus espacios de sociabilidad, incentivando así la venida de nuevos visitantes.

El primer Corso, realizado en el recinto del Sporting Club, el 22 de enero de 1905, fue todo un espectáculo, allí se dieron cita carros alegóricos, coches, bicicletas, corceles que representaban a familias o instituciones, cada una de estas delegaciones, con su candidata a reina acompañada de su corte. No se puede dejar de mencionar como en esta fiesta tan singular destacaban los arreglos florales, sin dudas la ciudad hacia gala de su denominación de “ciudad jardín”.

Consigna el autor que la aristocracia viñamarina se volcaba con entusiasmo a esta fiesta, dato relevante para reconstruir la formación de este segmento de la sociedad que habitaba la ciudad.

Son muchos los aportes que la obra de Jorge Salomó nos entrega para el mejor conocimiento de la historia de Viña del Mar, destacamos algunos de ellos de especial interés, como es el capítulo titulado: “Formas del lenguaje a comienzos del novecientos”, cuando la presencia inglesa y francesa en la ciudad se hace presente, los primeros a través de su espíritu deportivo incorporan gran cantidad de palabras relacionadas a este; la colonia francesa por su parte hace lo propio por intermedio de la gastronomía introduciendo sus propios términos. Son los tiempos en que también los chilenismos están presentes amalgamándose esta gran variedad de palabras para constituirse en el factor determinante de la comunicación. Algunas de ellas como *crack* (jugador descollante), *game* (juego), *green* (césped), *punch* (empuje), *record* (registro), a estos pocos ejemplos recogemos los términos de lengua gala: tales como: *poulet* (pollo), *menú* (repertorio), *asperges au beurre* (espárragos con mantequilla), *maitre de cuisine* o *chef* (maestro de cocina), *delicatessen* (delicadeza), *crêpes* (panqueques); *camotillos*, *calzones rotos*, *mote con huesillos*, *picarones* y *sopaipillas*, competían con las artes culinarias venidas del Viejo Mundo. Lo germano también estaba presente con sus deliciosos *kuchen* y los inolvidables *apfelstrudel* (pastelito en suave masa de hoja acaramelada en almíbar con manzanas cocidas y azúcar flor). Nuestro mundo gastronómico se vio enriquecido y la ciudad ofrecía una gran variedad de sabores importados y nacionales.

Los lectores nos encantamos muchas veces con la portada de los libros, de alguna manera estas logran seducirnos, así ocurre con la ilustración que antecede al contenido de esta obra, su autor se esmeró en su presentación: La *Viñamarina*, que ilustra el vals memorable, cobra vida, gracias

a la acuciosa investigación de Jorge Salomó, quien buscando en documentos revistas y publicaciones, ha rescatado y logrado una magnífica recreación de estampas y momentos de la vida viñamarina de los primeros años del novecientos.

El texto del libro es de gran interés, para el conocimiento de la historia local, quien quiera penetrar a ese mundo, que pareciera tener un toque mágico, por la época que trata, se sentirá gratificado con su lectura. A lo escrito, se unen la gran cantidad de ilustraciones seleccionadas con esmero y delicadeza para revivir un tiempo de verdadero ensueño.

Deseamos que muchos tengan la oportunidad de conocer a esta *Viñamarina*, que salida de un trabajo intelectual que demuestra seriedad, dedicación, vuelve a la vida después de haber tenido su origen, luego del primer Corso de Flores celebrado en 1905. Su creación se debe a Leonardo Éliz, inspector del Liceo Eduardo de la Barra, de Valparaíso, compuesta en treinta y cinco versos y musicalizada por Elías Chacón Barahona, el Vals se refiere a la mentalidad de su tiempo y a las características de la personalidad de la mujer viñamarina.

Nuestro reconocimiento al autor, quien logra encantarnos con la visión de esos tiempos de romanticismo, de galantería, de alegría, de música, de bailes propios de la *belle époque* de la ciudad, donde los sones del vals *Viñamarina*, invitaron a deslizarse por los salones a jóvenes parejas llenas de ilusiones y sueños, seres anónimos muchos de ellos, que vivieron ese mundo que Jorge Salomó recrea para nosotros como un nuevo aporte, fruto de su pasión por la investigación y la historia.

**EUGENIA GARRIDO ÁLVAREZ DE LA RIVERA**  
MAGÍSTER EN HISTORIA  
FUNDADORA ARCHIVO HISTÓRICO DE VIÑA DEL MAR  
PRESIDENTA COMISIÓN CULTURA DEL H. CONCEJO MUNICIPAL



## ESTA OBRA APORTA A RECONOCER LO QUE FUIMOS.

Un libro, sucede con todos los libros, es siempre una puerta abierta a las visiones de su autor. Un mundo por descubrir, una aventura del conocimiento, una incitación e invitación.

Este fenómeno también ocurre con esta rigurosa investigación histórica que, a partir de la revisión de una fiesta local, el Corso de Flores, descubre los orígenes de la identidad de Viña del Mar donde se da cuenta de un sello singular de convivencia social a inicios del siglo veinte.

El primer capítulo de esta obra nos invita a descubrir la geografía física y humana de estos territorios donde emerge una conformación urbanística entonces incipiente, con todos los requerimientos que el aumento de población va exigiendo a esta ciudad, más todavía, después del terremoto de 1906 que afectó severamente a Valparaíso y, con ello, a un número importante de habitantes que se radicaba en Viña del Mar. Es importante consignar que, además, Valparaíso tiene un sello mágico curiosamente relacionado con fuego. Los incendios marcan a esta ciudad hasta el día de hoy. Serán la topografía, los derrumbes, los aluviones, desastres, inundaciones y desplazamientos de laderas en años de alta pluviometría. Será, al fin, la lluvia y el fuego, en curiosa contradicción.

El libro pone en contexto a ese Chile del primer centenario, donde existían los requerimientos de satisfacciones de necesidades de una sociedad pobre, con agudos problemas sociales insatisfechos, y el poder político, social y económico concentrado hegemónicamente en un reducido grupo de personas. La historia repite a la historia.

La obra nos ubica en los desafíos que enfrentan los ciudadanos y que dicen relación con los factores de calidad de vida. De nuevo, la aspiración de los hombres a vivir mejor.

Es importante descubrir –un libro, insistimos, es un descubrimiento– cuánta inteligencia existió para ir desarrollando la trama urbanística de la ciudad donde aparecen grandes y hermosas construcciones, con diversa arquitectura propias de reconocidos balnearios europeos, toda ella rodeada de hermosos jardines. De la misma manera, la construcción de las poblaciones obreras

de la Compañía de Refinería de Azúcar de Viña del Mar y la Población Textil donde la línea férrea levantada al sur del estero es determinante en la urbanización de la entonces incipiente comuna.

Cuán significativo es que, después de un siglo, el desarrollo urbanístico de la ciudad esté enmarcado en los mismos supuestos que tuvieron las autoridades de la época al final del siglo diecinueve y principios del veinte y que explica la actual mirada urbana de la ciudad donde la conectividad explica que ya no es una ciudad de tránsito a Valparaíso y a las comunas interiores de la región. Hoy es una ciudad de permanencia por la diversidad de servicios, infraestructura cultural y patrimonial y un desarrollo turístico y comercial. Las ciudades, nuestras ciudades, son fenómeno de crecimiento.

El segundo capítulo de este texto se abre a una línea argumental central. Ayer, el Corso y Juegos Florales y Poéticos que la “fronda aristocrática” en las palabras de Alberto Edwards, asume a la manera de Europa, incorporándola como tradiciones en nuestras ciudades.

Se debe tener presente que el Corso Viñamarino se realizó con posterioridad al de Santiago y da cuenta de un fino trabajo de connotadas familias de la ciudad donde “lo europeo” es el sello característico que los descendientes del viejo continente valoraban y reconocían.

De ello dan cuenta citas y reproducciones de artículos y comentarios de prensa de la época que dicen que el Corso de Flores y las actividades que emergen “elevan la vida urbana a un perfil más europeo, punto de referencia y ejemplo a imitar”.

El libro “La belle époque viñamarina a través de las caricaturas de Mundo”, explica que “la primera década del siglo XX, cuando Viña despierta a un espíritu diferente, en esta bella época tardía respecto del viejo continente”, refiere a lo determinante en esa construcción de ciudad, esa mirada europeizante, con la aspiración de tener un balneario con identificación de tradiciones tal cual las ciudades de Europa y algunas grandes ciudades de nuestro continente. En el imaginario colectivo, las familias de la época identifican “lo europeo” como expresión de belleza y elegancia. Así, el vestir, la música, la poesía, otorgan el encantamiento para construir una fantasía.

La elaboración de hermosas construcciones en la ciudad que cobijan actividades sociales importantes, muestra una impronta de ciudad distinta, fina, cálida y bella, en la que las tradiciones societarias están definidas por estas construcciones del imaginario e identifican a sus habitantes en este territorio orgullosos de su identidad.

Ayer. Interesante: los bailes sociales, las fiestas, recepciones o reuniones de familia, entregan una atmósfera de encantamiento que queda, día a día, muy socializado en los habitantes de entonces, que los hace suyos y que son signos de distinción social.

El Corso Floral, además, incorpora un espíritu solidario y generoso. Se trataba de obtener recursos para obras de beneficencia en favor de menores, ancianos y enfermos, colaborando en la construcción de hospitales, casas de acogida de personas mayores y niños abandonados, espíritu altruista reconocido por las familias destacadas de Viña del Mar, Valparaíso y Santiago.

En la descripción que recuerda este libro, la composición del jurado encargado de dirimir los premios estaba integrado por autoridades políticas y personas de reconocido prestigio en el ámbito de las artes, letras y música y permite observar el delicado trabajo de organización del Corso Floral y las diversas preocupaciones por resolver todos los detalles para hacer de este encuentro una fiesta social y participativa. Así, el Primer Corso Floral fue una instancia que reunía a las más importantes familias y personajes de la sociedad aristocrática de Valparaíso y Viña del Mar que integraba a la pluralidad de personas que integraba esa élite social.

Y el escenario. El Sporting de Viña del Mar, lugar donde se desarrollaba esta fiesta, que se convirtió en un lugar privilegiado de sociabilidad.

Y las formas de lenguaje a comienzos del novecientos, donde existía un vasto vocabulario de palabras en francés, inglés, italiano, alemán y, todo ello, por las múltiples actividades de los extranjeros, colonos y descendientes que se radicaban en diversos territorios del país que participaban en ocupaciones mineras, agrícolas, ganaderas y comercio. Ese lenguaje está vigente todavía en el ámbito de la gastronomía, vestuario, deportes y actividades comerciales y empresariales, como en la música y el teatro.

“Viñamarina, la historia a partir de un Corso de Flores”, tiene su eje argumental en la investigación del autor en el vals cantado en base a treinta y cinco versos escritos por Leonardo Éliz y musicalizados por Elías Chacón Barahona, donde el verbo rector exalta la belleza de la mujer viñamarina a la que describe en una concepción idealizada de armonía, encanto platónico, medida, dulzura, un sueño constante en evolución que, sumado a su bondad y generosidad, la ubica en un plano de privilegio y excepcionalidad en relación al país.

Esta concepción idealizada de la viñamarina es asumida por la primera detentadora de una mención especial de honor del Corso de Flores, doña Marta Aldunate Echeverría de Subercaseaux. Esa mirada es una de las características importantes de la sociedad europeizante de principios del siglo veinte.

Es importante mencionar lo acontecido con el desarrollo literario nacional en relación con los Primeros Juegos Florales en el Teatro de Santiago el 22 de diciembre de 1914, a los que asistió el presidente de la República Ramón Barros Luco con algunos de sus ministros. Además, participó un grupo de escritores –marcando un hito en la literatura del país– como Víctor Domingo Silva, Manuel Magallanes Moore, Julio Munizaga Ossandón, Carlos Mondaca y la poeta Lucila

Godoy Alcayaga que, bajo el seudónimo de Gabriela Mistral, obtuvo la máxima distinción con “Los Sonetos de la Muerte”.

Todos estos hechos, cómo no, tenían un contexto político, económico y social de complejidad y tensiones: la situación económica del país era precaria y los comportamientos políticos distantes en la búsqueda de soluciones reales para las mayorías desprotegidas, hacían que la fiesta del Corso de Flores o Fiesta de la Primavera adquirieran un tono mágico. La realidad en incesante contradicción con la poesía.

Este libro invita a hacernos partícipes y recordar los hechos y situaciones que marcaron el espíritu y la identidad de Viña del Mar, cuestión de historia y, también, fundamentalmente, invitación a tener presente que la construcción de belleza debe ocupar siempre un lugar de privilegio en la vida ciudadana.

Esta obra aporta a reconocer lo que fuimos. Pone en contexto el pasado. Recuerda que es posible y necesario construir sociedad con rostro humano, tarea indispensable que se enfatiza en sus páginas y que es, sin duda, uno de sus méritos principales. Reconstrucción de un momento de la historia de Viña del Mar. Días, los de ayer, que se extrañan y que el autor se encarga de recordarnos con lúcida sensibilidad.

**LUIS BORK VEGA**  
PRESIDENTE  
CORPORACIÓN CULTURAL DE VIÑA DEL MAR

PRÓLOGO  
 DEL *CORSO* A LO COTIDIANO.  
 TRASFONDOS DE UNAS FIESTAS Y DE UNA ÉPOCA

**E**n 1925, Virginia Wolf publicó *La señora Dalloway*<sup>1</sup>. Londres, en los años inmediatamente anteriores. Costumbres, modos de ser, descripciones de la ciudad. Una sociedad ambivalente, tradición y modernidad, pobres y ricos; moralidades que se enfrentan, se conflictúan; recuerdos todavía presentes sobre los caídos en esa gran guerra, dramatismo, pero a la vez, vida que continúa. Estilos de vida que van desde las sobrevivencias hasta los desarrollos intelectuales; barrios que se hacen presentes en la historia: Bloomsbury, georgiano, opuesto a los victorianos, que reúne, al mismo tiempo, a Keynes, el economista; a Russell, el filósofo; a Duncan Grant, el pintor, a Lytton Strachey, el ensayista y biógrafo radicalmente demoledor, a la misma Virginia Wolf. ¡Qué mundo y qué tiempo!

La señora Dalloway representaba fielmente a una londinense, aristócrata, con sus 50 años y con sus memorias, sus ensueños y sus conflictos. Mirando hacia atrás, pero viviendo en su presente. Recorre las calles londinenses, retrata la vida de la ciudad, informa de sus modas, de sus tiendas, de la florería y de la pescadería, describe las habitaciones de su mansión, sus muebles refinados, su personal doméstico, sus alimentos. Nos muestra todas unas formas de vida en una sociedad dinámicamente cambiante, pero al mismo tiempo, dramáticamente sujeta a su pasado. No nos detenemos en el personaje, pero sí en las últimas páginas del relato: nuestro personaje da una fiesta y, por supuesto, nos permite sumergirnos en ella.

1921. Hemos dicho Londres. Llegan los primeros invitados, suben al piso superior, los primeros muy calmadamente, los siguientes más a prisa. La puerta del vestíbulo se llena de caballeros esperando, de pie, alisándose el cabello; las señoras se quitan las capas en una habitación del pasillo. Les ayuda la Sra. Barnet, mujer vieja, que lleva cuarenta años con la familia, sirviendo a niños, jóvenes y adultos, que ahora se quedaba en el guardarropa, atusando las pieles, alisando los mantones españoles, ordenando el tocador y sabiendo, con sólo mirar pieles y bordados, quiénes

---

<sup>1</sup> Utilizamos la edición de María Lozano, en Cátedra, Letras Universales, 6ª edición, Madrid 2008.

eran damas y cuáles no. Presentación de los invitados, estilos admirables, su vida familiar debía ser, seguramente, irreprochable. La señora Dalloway saludaba reiteradamente con un “encantadísima de verte”. Era insoportablemente efusiva, hipócrita. ¿A fin de cuentas, porqué hacía ella esas cosas? Por allí, Lord Lexham explicaba porqué su esposa no había querido ponerse las pieles en la recepción en los jardines del Palacio, pues, al final de cuentas, “vosotras las señoras sois todas iguales”. No obstante, en todo ello, la anfitriona creía que su fiesta era importante y no podía salir mal.

El viento se colaba por las ventanas hinchando sus cortinas. ¿Había corriente? Las chicas estaban con sus hombros desnudos, gentes bien vestidas, preparadas para toda la temporada: “me pondré esto y aquello”. Las chicas llevaban vestidos rectos, perfectamente ceñidos, con la falda muy por encima de los tobillos. Seguían las presentaciones, nuevos invitados, familiares, coroneles, ladies y señores, políticos, profesores, poetas y pensadores. A cada cual seis o siete palabras, pero era demasiado esfuerzo. La dueña de casa no disfrutaba de la ocasión: “Cada vez que daba una fiesta tenía esta sensación de ser ajena a sí misma y de que todo el mundo era irreal en un sentido, mucho más real en otro. En parte, pensó, se debía a la ropa de sus invitados, que en parte se salían de su estilo habitual, en parte, también, al ambiente de fondo; se podían decir cosas que no se podían decir de ninguna otra manera, cosas que requerían un esfuerzo; era posible llegar más al fondo”<sup>2</sup>.

Pero aún no dejemos la fiesta. Siguen llegando invitados, también el Primer Ministro. ¿El Primer Ministro?: “Tan sencillo que parecía... Pobre hombre, todo ataviado de encajes dorados... Era divertido verlo. Nadie lo miraba. Simplemente seguían hablando, aunque estaba perfectamente claro que todos eran conscientes (lo sentían hasta la médula de los huesos) del paso de esta majestad; de este símbolo de lo que todos representaban: la sociedad inglesa. La vieja Lady Bruton, también, de muy fino aspecto, muy gallarda con sus encajes, remontó la corriente y se retiraron a un cuartito que enseguida empezó a ser espiado, custodiado, y una especie de agitación y murmullo se extendió, abiertamente, como una onda: ¡el Primer Ministro!... Dios, Dios, ¡el esnobismo de los ingleses! Pensó Peter Walsh, de pie en el rincón. ¡Cómo disfrutaban acicalándose y rindiendo pleitesía!”<sup>3</sup>

Muy lejos de Londres, unos años antes, en 1905, en Viña del Mar, surgía la fiesta del curso de flores, que no era estrictamente original, pero que ayudó a dar fisonomía a una ciudad, espacio de descanso estival, con aires europeizantes, balneario aristocrático, con rasgos de la *belle époque* del viejo continente, idealismo modernista en un contexto de sociedad tradicional en que los palacios locales trataban de reproducir las modas, las acciones, los comportamientos e incluso,

<sup>2</sup> *Ibidem*, pp. 306 y ss. La cita en p. 310.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 311.

los problemas, de lo que consideraban y sentían como sus pares europeos. Jorge Salomó nos introduce en esta especie de copia incompleta, en que una pequeña élite, que lidera la sociabilidad oficial de la época, recogiendo las influencias de París o del mismo Londres, intenta dar carácter a celebraciones también colectivas, entre las cuales el corso y los juegos florales surgen como manifestaciones a través de las cuales esa aristocracia asume una tradición que califica como admirable y que bien merecía replicarse en la vida nacional.

El Londres que hemos recogido se concentra al interior de una mansión y se manifiesta a través de una fiesta privada. Esta, la de Viña del Mar, sale de lo privado (que también tiene sus propias expresiones, seguramente semejantes a las descripciones londinenses) y va a lo público. En palabras de Salomó, el corso viñamarino se convierte en regocijo, que sorprende por su elegancia y en los detalles de la presentación personal de sus asistentes, por supuesto, de quienes participan directamente y son el centro de la fiesta, no sus espectadores. Estos últimos miran, se imaginan, quizás sueñan, quizás sufren, observando la marcha de bicicletas, corceles, coches, carruajes alegóricos y automóviles, cada uno representando, siguiendo a Salomó, a una familia destacada, a una industria, empresa o institución importante que estaba dispuesta a financiar la decoración y la presentación de un equipo humano de caballeros, damas y pajes que acompañan a las candidatas a reina de la fiesta.

¿Es lícita esta comparación? Sí y no. Es lícita porque al fin de cuentas se trata del mismo grupo social y, por lo tanto, es posible encontrar en él algunas ideas, algunas conductas, algunas justificaciones que guardan demasiadas similitudes. En lo público o en lo privado, a menudo muestran impaciencia por una vida social a la cual igualmente aspiran. Quizás la obligada ostentación provoca los mismos signos de presión y estrés social. Son contentos, pero no siempre felices. La fiesta, como toda fiesta, también la de los sectores populares, es necesaria catarsis y olvido de lo cotidiano. Pero cuando ella está muy influida por requerimientos ligados al prestigio y al poder, es indudable que a la larga se transforma también en una carga. La comparación es lícita, además, porque la sociedad local viñamarina imita a la santiaguina, a la inglesa, a la europea y, si la imita, entonces, trata de actuar como aquéllas. En la orilla opuesta, se podría decir que la comparación es extrema. Que las realidades y circunstancias son diferentes, que las tradiciones, las ideas locales son particulares. En fin, que Viña no es Londres y viceversa y que, más aún, una es una fiesta privada y esta otra es una fiesta pública.

A partir de su fiesta, más aún, a partir del descubrimiento de una partitura de un vals de época, *Viñamarina*, Salomó va construyendo la historia de la fiesta, del corso, del grupo, de la ciudad, de una época. Es una contribución lúcida, entusiasmada, entretenida. A veces nos habla de historia social, otras de historia de las mentalidades. Es en estos aspectos que conviene un paréntesis.

Hace ya treinta años, C. Geertz se refería a la riña de gallos como una “dramatización de las

inquietudes relacionadas con el estatus”, lo que significaba de cómo desde un ejemplo microscópico se podía avanzar hacia la interpretación de toda una cultura<sup>4</sup>. Si seguimos a Burke, podemos referirnos a una serie de cuestiones muy importantes de tener en cuenta al momento del análisis historiográfico de este libro. En primer lugar, precisa Burke, “la hegemonía de la clase dirigente depende de cierto grado de aceptación manifestada por las clases subordinadas”. En cada uno de estos casos, es imposible comprender el funcionamiento del sistema si no se entienden las actitudes y los valores de los participantes y ello se puede estudiar como historia de las mentalidades, de las representaciones colectivas, de modos de pensamiento, de sistemas de creencias, o de mapas cognitivos. En todo caso, si se piensa en mentalidades, la insistencia se da en la observación de actitudes colectivas y no en las actitudes individuales. Se hace hincapié en supuestos tácitos y no en teorías explícitas, es decir, en el sentido común o en lo que parece serlo. Se presenta un interés manifiesto por la estructura del sistema de creencias, incluyendo las categorías empleadas para interpretar la experiencia y los métodos dominantes de prueba y persuasión. Por último, recorriendo las calles de Viña del Mar en medio del bullicio, la alegría, los gritos, el paso de los carros, carruajes, la vista de los disfraces, las máscaras, etc., agregamos, siguiendo al mismo Burke, el problema de cómo distinguir entre la racionalidad y el relativismo de las cosas<sup>5</sup>.

Todos estos aspectos están contenidos en cualquier análisis que quisiéramos hacer de los problemas centrales presentados a partir de esta tan especial fiesta que contribuyó a construir una idea, generalizada durante mucho tiempo, de una Viña del Mar soberbia, aristocrática, liviana, transgresora. El mismo Jorge Salomó ha escrito sobre la *Belle Époque* viñamarina que efectivamente se desvanece si la compulsamos entre las racionalidades de sus grupos dirigentes al momento de dirigir sus negocios y su relativismo al momento de vivir la vida y aprovechar su estatus. En este caso, se presenta algo que a la vez es novedoso, que al mismo tiempo recoge un modo de ser y un modo de sentir. En las primeras décadas del siglo XX, la caridad de algunos sectores de la clase más pudiente, fue algo muy apreciado y que seguramente la sentían sinceramente y en términos altruistas. Por cierto, así como la historiografía reciente ha demostrado que Viña del Mar siempre fue mucho más que pura playa, juegos y regocijo, los grados de honestidad real en los actos de caridad de esa vieja clase, fueron también de una gran variedad y con muy diversos grados de profundidad. Más aún, difícil es objetivarla o evaluarla en los términos que la pensamos actualmente. En 1905, el primer curso de flores de Viña del Mar surgió como una actividad con fines sociales, a beneficio de los pobres, y como tal, las jovencitas y los muchachos que conformaban los hogares de esa alta sociedad, se sentían orientados hacia lo que ellos entendían como el bien común. Otra cosa es pensar si efectivamente se atacaba la pobreza o se mejoraban realmente

---

<sup>4</sup> Se trata de un pasaje de su libro *The Interpretation of Cultures* (New York, 1973), citado por Peter Burke, *Historia y Teoría social*. Amorrotu eds., Buenos Aires-Madrid 2005, p. 65.

<sup>5</sup> *Ibidem*, pp. 140, 141, 170-171.

las condiciones básicas de vida de aquellos más necesitados. Esto no va por allí. ¿Mentalidades, simples actitudes, posturas sociales, con fines de representación y reconocimiento? Como sea, sólo en esta decisión: en el corso a beneficio de los pobres, se encontraban las dos realidades que hacían una sola realidad: la de Viña del Mar de comienzos del siglo XX (preocupada también por su vecina Valparaíso); se encontraban todos los grupos sociales, pero la aristocracia se redefinía en sí misma: entre la imitación y la búsqueda de una identidad que se traspasaba a la ciudad que se construía multifacéticamente.

Interesante libro, entretenida lectura, buen aporte para el descubrimiento real de una ciudad que siempre fue mucho más que el mito Viña del Mar. Es la fiesta, es la moda, es el lujo de los aristócratas, viejos y nuevos, sensibles y arrogantes; pero también son las modistas, los sastres, los peluqueros, los lustrabotas. Es como si la fiesta de la Sra. Dalloway se hubiese trasladado a la calle con todos sus actos de locuras, con todos los propios dramas de las personas congregadas.

La historiografía actual avanza por otros caminos, mejor dicho, avanza por todos los caminos. Lo más importante es que sobre lo descriptivo, siempre está la posibilidad de convertir los datos en problemas. Para muchos, el mundo actual es más interesante que el pasado: “Evidentemente, tanto drama no guarda directa relación con lo interesante, y el pasado está mucho más lejos. Pero hay muchas cosas en el mundo contemporáneo que son incomprensibles sin leer el pasado”. Me gusta usar el término *revisitar* el pasado. Hace bien, no sólo para volver a verlo, sino para hacer el recorrido hacia el presente. La historiografía de Viña de Mar está dejando de ser sólo la historia alegre de un tiempo pasado, “que fue mejor”, y se está convirtiendo en una historia más real y por ello más comprensible. Y este libro es un muy buen aporte a ello.

Madrid, noviembre del 2009

**EDUARDO CAVIERES FIGUEROA**  
DOCTOR EN HISTORIA  
PREMIO NACIONAL DE HISTORIA 2008

## INTRODUCCIÓN DEL AUTOR

La presente obra se origina en el análisis de una fiesta local que permite obtener importantes deducciones respecto a la conformación paulatina de una mentalidad viñamarina, que caracterizó a los habitantes de la ciudad, principalmente desde el inicio del siglo XX, a partir de la consolidación de prácticas y organizaciones sociales que dieron a la urbe un carácter y una distinción particular respecto a otras ciudades de Chile. Esta particularidad no se debe sólo a comportamientos singulares o situaciones históricas exclusivas para Viña del Mar, sino que a la forma de llevarlas a cabo y el carácter sistemático que muchos de estos comportamientos sociales tuvieron a través del tiempo, en relación a todo el país.

La fiesta del Corso de Flores, celebrada el 22 de enero de 1905, vino a sumarse a otras iniciativas de comienzos de siglo, que otorgaron a Viña del Mar un rol protagónico como espacio de descanso estival con aires europeizantes, configurando el perfil de un balneario aristocrático con rasgos de la *belle époque* del viejo continente.

Estos modos sociales viñamarinos –fortalecidos por la concepción urbana y la construcción de elegantes chalets– se afianzaron por la existencia o gestación de diferentes instituciones, como el Gran Hotel, el Valparaíso Sporting Club, el Club de Viña, los clubes de Golf, de Tenis, el Club de Tiro en Las Salinas, hasta llegar a las décadas de 1930 y 1940, con la inauguración de su elegante Casino de Juegos, de las piscinas públicas de Recreo y 8 Norte, la instalación del Palacio Presidencial de verano en el Cerro Castillo, la construcción y apertura del Teatro Municipal, de los Hoteles O’Higgins y Miramar, del Coliseo Deportivo, la adquisición del Palacio y Quinta Vergara por parte del Municipio, la creación de las Escuelas de formación artístico-musical, entre los hitos más destacados que ayudaron a consolidar las características propias del balneario.

En contraste con el carácter nacionalista y criollista de la literatura del centenario, que valorizó personajes y tradiciones propias de nuestra realidad e idiosincrasia y, con los conflictos profundos que conformaron la denominada *cuestión social* en Chile, el Corso Floral viñamarino adhirió al idealismo modernista y platónico de la poética del último tercio del siglo XIX. La composición poética y musical del vals *Viñamarina* –escrita por el profesor Leonardo Éliz y Elías Chacón Barahona respectivamente– constituye un excelente ejemplo de esta idealización.

El análisis de la letra del vals *Viñamarina*, inspirado en la fiesta del Corso realizada unos días antes, ayuda a comprender el sentido de identidad que se configuró entre los habitantes de la ciudad, como también la adhesión de los visitantes que inmigraban estacionalmente para vacaciones, respecto a rasgos de mentalidad que le fueron propios a esta urbe, afianzando una serie de atributos que la distinguieron y la pusieron en un lugar relevante como balneario nacional con pretensiones de crecimiento para su época. De esta forma, Viña del Mar asumió su perfil turístico y fue desplazando su identidad industrial que había tomado importancia en las últimas dos décadas del siglo XIX, para confirmar su orientación turística y su papel como centro recreacional veraniego.



**JORGE SALOMÓ FLORES**  
MAGÍSTER EN HISTORIA

